

santos misterios (de Hones., lib. v, núm. 7) Milton ha seguido, como yo, esta opinion.

xix.—Pág. 16. Maria está sentada sobre un trono de candor.

Esta descripción se funda en una historia cuyas autoridades nadie ignora.

xx.—Pág. 16. Desde los tabernáculos de Maria se pasa el santuario del Salvador de los hombres.

Aquí se hallaban las cien gradas de rubies que han sugerido chistes tan delicados á algunos sujetos de talento y de buen gusto. Ya se ha visto en la nota tercera, que Milto puso tambien una grande escalinata de diamantes á las puertas del Cielo; desde lo alto de la cual contempla Satanás por primera vez la nueva creacion: todo el mundo confiesa que este es uno de los mas bellos trozos de su poema. Asi es que las Oraziones cojas deben de estar tambien muy fatigadas, cuando entran en el Paraíso de Milton. Es muy triste el ver que la critica se menosprecie tanto. Por lo demás, he acabado de una vez con estas chocarrerías, suprimiendo dos renglones que no contribuian á la belleza del testo.

xxi.—Pág. 16. Está sentado á una mesa mística; veinte y cuatro ancianos.

Nadie ignora que esta mesa y estos ancianos se encuentran en el Apocalipsis. Si se quiere formar una idea cabal de la eleccion que he hecho de materiales, allí se verán cabellos de lana blanca, un mar de vidrio muy claro, animales raros, etc. Una critica imparcial me hubiera elogiado por lo que he omitido, al observar que no he empleado un solo rasgo que no sea conforme á las reglas del buen gusto. A la verdad, me avergüenzo de tener razon tan á menudo y tan completamente.

xxii.—Pág. 16. No lejos de él está su carroza viva.

«Totum corpus oculis plenum in circuito ipsarum (rotarum) quatuor... spiritus vite erat in rotis (Gzech., cap. I, v. 18 y 20). Species autem rotarum erat quasi visio lapidis chrysolithi, (cap. X). Milton describió el carro del Mesias siguiendo esta autoridad.

xxiii.—Pág. 16. Los elegidos caen como muertos en su presencia.

«Cecidi ad pedes ejus tanquam mortuus. Et posuit dexteram suam super me, dicens: Noli timere: ego sum primus et novissimus.» (APOCAL., cap. I, v. 17).

xxiv.—Pág. 16. Allí se ocultan los manantiales de las verdades incomprensibles al mismo cielo.

Yo no podía prescindir de hacer mención de estas altas verdades metafísicas que distinguen los dogmas cristianos de los ridiculos misterios del Paganismo; y que dan á nuestro cielo este aire de grandeza y de razon que tanto se hermanan con el señorío del hombre. Esto lo han conocido todos los poetas que han escrito antes de mí, y por esto colocan muy fuera del caso, el espacio, la duración, etc., á los pies de Dios. Yo no sé si he procedido con mas acierto.

xxv.—Pág. 16. El Padre tiene en la mano un compas.

Sigo en esto las ideas de los pintores y de los poetas. Grandes elogios se han prodigado á Milton por haber imaginado el compas de oro con que Dios traza la creacion en medio de la nada; yo creo, no obstante, que Milton tomó esta idea en el Vaticano, pues sabido es que este poeta viajó por la Italia, y que hallándose en Roma, faltó poco para que una disputa sobre una cuestion religiosa le ocasionase serios conflictos.

xxvi.—Pág. 16. A la voz de su venerable mártir, Jesucristo se inclinó ante el Arbitro de los humanos.

Aquí empezaban, en las precedentes ediciones, los discursos de las Potencias: el lector juzgará si he hecho una alteracion feliz. He tenido que conservar la sustancia de estos discursos, por ser ellos el eje sobre que gira toda mi máquina.

na. Solo bajo este aspecto debieron examinarse; pero parece que los criticos ignoran las reglas de la composicion de una obra.

xxvii.—Pág. 16. Ha sonado el momento en que los pueblos sometidos á las leyes del Mesias...

Exposicion del asunto y causa de la persecucion.

xxviii.—Pág. 17. Los justos conocen luego el holocausto pedido y las condiciones que le hacen agradable al Altísimo.

Eleccion del héroe y motivo de esta eleccion.

xxix.—Pág. 17. En él la religion va á triunfar de la sangre de los héroes paganos y de los sabios de la idolatria.

Todo esto se ha añadido en atencion á la muy fundada critica de un hombre de talento, quien decia con razon que yo no habia insistido bastante en este concepto. Por este medio, mi personaje imaginario adquiere toda la importancia necesaria á mi argumento.

xxx.—Pág. 17. Alma de todos los proyectos de los fieles...

Hé aquí trazado todo el papel de Eudoro y anunciada terminantemente la victoria de Constantino.

xxxi.—Pág. 17. Necesitase aun que este cristiano llamado por la Gracia, escandalizase la Iglesia.

Preparacion á los errores del héroe.

xxxii.—Pág. 17. El ángel del Señor le ha llevado por la mano.

Hé aquí la narracion: la religion de Eudoro, sus viajes, Velleda y Pablo el ermitaño, etc. Hé aquí sobradísimos motivos que autorizan al héroe á referir su historia, y hé aquí sobre todo lo que enlaza esencialmente la narracion con la accion.

xxxiii.—Pág. 17. Esta víctima será arrebatada al inocente rebaño de las vírgenes.

Hé aquí por qué Cimodocea es pagana, por qué es hija de Homero y sacerdotisa de las Musas, etc.: aquí puede observarse una alteracion de cuantia; Cimodocea no es pedida por un decreto irrevocable, no tendrá el mérito y el esplendor de la primera víctima; de este modo podrá yo representar á la hija de Homero, algo mas flaca segun la naturaleza, sin faltar á las exigencias de la religion, etc.

Pregunto si un juez equitativo y un hombre desapasionado pueden hacer alguna objecion razonable contra un pasaje que produce y justifica toda la obra. Una nueva frase introducida aquí sobre los ángeles: «Y les confia el ejercicio de su misericordia», prepara al lector á la parte que tendrán los mensajeros de Dios en los sucesos venideros.

xxxiv.—Pág. 17. Las palmas de los confesores reverdecen en su mano.

Este movimiento del cielo parece ha complacido á algunos hombres de gusto, quienes han dicho que añadía mucha animacion á las últimas pinceladas del cuadro.

xxxv.—Pág. 17. Entre Felicitas y Perpetua.

Mártires famosas, que perecieron en el anfiteatro de Cartago, donde fueron arrojadas ó una novilla enfurecida. Introduzco aquí de propósito á Perpetua, la cual volverá á aparecer en el desenlace en el último libro.

xxxvi.—Pág. 17. Los querubines baten sus alas impetuosas.

«Et sonitus alarum cherubin audiebatur usque ad atrium exterius.» (Ezech., cap. X).

xxxvii.—Pág. 17. Que presentan á su bendicion dos túnicas nuevamente blanqueadas.

Alusion á la catástrofe.

xxxviii.—Pág. 18. Gloria á Dios en las alturas del cielo!

Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis... Agnus Dei qui tollis peccata mundi...

Si es fácil dar un aspecto ridiculo á las cosas mas graves, vése tambien que aun cuesta menos el dejar las cosas nobles de suyo en su propia nobleza. Muchos habrán leído tal vez este canto religioso, sin sospechar siquiera que le an el Gloria in excelsis; tanta verdad es que la expresion lo hace todo! En lo restante del himno hay algunas imitaciones de los Salmos, en particular del LXXII; pero tan adecuadas á mi asunto y mezcladas con mis propias ideas, que puedo reclamarlas como mias. El cántico es conducido de tal suerte que se aplica á la próxima persecucion y á los destinos del Mártir. «Oh milagro de candor y de modestia! vos permitis á unas víctimas salidas de la nada que os imiten, y que se sacrifiquen...; Dichoso aquel á quien se perdonaron las iniquidades, y que encuentra la gloria en la penitencia! etc.» Así, pues, nunca pierdo de vista el asunto principal.

LIBRO CUARTO.

La narracion que comienza en este libro ha merecido muy escasa critica. Ya creo haber probado que no hay ninguna epopeya en que la narracion y la accion esten mas estrechamente enlazadas.

NOTA PRIMERA.—Pág. 18. Eudoro y Cimodocea... ignoraban que en aquel momento los santos y los ángeles tenian fijos en ellos sus miradas.

Segunda transicion de la obra: la escena se coloca de nuevo en la tierra.

ii.—Pág. 18. Así los pastores de Canaan eran visitados por el dios de Nacor.

«Tendit ibi (Abraham) tabernaculum suum ab occidentibus habens Bethel...» (GEN. XII, 8).

iii.—Pág. 18. No bien el gorjeo de las golondrinas...

Hæc pater Æoliis proferat dum Lemnius oris: Evandrum ex humili tecto lux suscitât alma, Et matutini volucrum sub culmine cantus. Consurgit senior, tunicaque inducitur artus... Necnon et gemini custodes limine ab alto Procedunt, gressumque canes comitantur herilem. ÆNEID. VIII, 454.

Este pasaje es un remedo, ó mas bien una traduccion de Homero. Creo que mis censores deben estar ya desengañados acerca de mis supuestas imitaciones directas.

iv.—Pág. 18. Así el arcadio Evandro condujo á Anquises...

Nam meminî Hesionis visentem regna sororis Laomedontiadem Priamum, Salamina petentem, Protinus Arcadiæ gelitos invisere fines...

Cunctis altior ibat Anchises. Mibi mens juvenili ardebat amore Compellare virum, et dextra conjungere dextram: Accessi, et cupidus Phenei sub mœnia duxi. ÆNEID. VIII, 157, 162.

v.—Pág. 18. Como el mismo Evandro, desterrado en las orillas del Tiber, recibió al ilustre hijo de su antiguo huésped.

Cum muros, arcemque procul, ac rara domorum Tecta vident, quæ nunc Romana potentia cælo Equavit, tum res inopes Evandrus habebat... ÆN. VIII, 98.

Ut te, fortissime Teucrum, Accipio agnoscoque libens! ut verha parentis Et vocem Anchisæ magni vultumque recorder! ÆN. VIII, 15.

vi.—Pág. 18. Calzose unos borceguies galos, forrados de la piel de una cabra silvestre.

Todavía se ve aquí á Evandro y á Telémaco, pero todos los pormenores de mi pintura difieren de la de aquellos.

Et thirrena pedum circumdat vincula plantis, Tum lateri atque humeris tægem subligat ense demisa ab leva panthera terga retorquens. ÆN. VIII, 158.

vii.—Pág. 18. Y de la derecha suspendia una de aquellas coronas de granos de coral con que las vírgenes mártires adornaban sus cabellos cuando marchaban á la muerte.

La mayor parte de los griegos llevan todavía un rosario en la mano. Era bastante arduo espresar un rosario en estilo noble; yo no sé si he acertado. El origen de los rosarios, dispierta, segun se vé, un concepto tierno: y era en efecto como lo digo en el testo, una especie de corona que llevaban las cristianas cuando iban al martirio. Mas adelante se hizo de él un adorno para las imágenes de la Virgen, ó un ex-voto con el cual se rezaban algunas oraciones. De ahí viene el nombre que se da todavía al rosario en italiano, corona; en idioma latino se llama beata Virginis corona. Por lo demás, el uso de los rosarios es muy posterior al siglo iv, pero he creído que me era lícito colocar aquí su origen.

viii.—Pág. 18. Como un soldado romano de la legion tebana.

La legion tebana, que se componia toda de cristianos, recibió la muerte por orden de Maximiano, no lejos de Agauno, en los Alpes. Volveremos á citar esta legion en otro lugar de la obra.

ix.—Pág. 18. Eudoro, dijo, eres el objeto de la curiosidad de la Grecia cristiana.

Fácilmente se conocerán las precauciones que tomó para motivar la narracion que está ya plenamente motivada en el cielo.

x.—Pág. 18. Sabio viejo, cuyo traje anuncia un pastor de hombres.

No me atrevo á confesar mi flaqueza por Demodoco. Comparando su dolor con el de Priamo ¿se halla acaso su gozo enteramente desnudo de aquella antigua sencillez. que tanto nos embelesa en Homero? ¿Y lo que dice aquí Demodoco, pasaria en boca de Néstor por una insípida habladuría?

xi.—Pág. 18. Contempla con oculta delicia su timon.

Los antiguos, cuyos bajeles solo eran unas grandes barcas, no salian del puerto durante el invierno, y se llevaban á sus casas el timon y los remos de sus galeras.

Juvitat genialis hiems, curasque resolvit: Ceu pressæ cum jam portum tetigere carinæ, Puppibus et læti nautæ imposuere coronas. GEORG. I, v. 502.

xii.—Pág. 18. Esos antiguos árboles que los pueblos de la Arcadia miraban como sus abuelos.

Los arcadios pretendian que eran hijos de la tierra, ó que habian nacido de las encinas de su pais.

xiii.—Pág. 18. Allí cortaba en otro tiempo Alcimedonte la madera de haya...

Pocula ponam. Fagina, cœlatum divini opus Alcimedontis, Lenta quibus torno facili superaddita vitis, Diffusus hedera vertili pallente corymbos. VIRG. BUCOL., M. 36.

xiv.—Pág. 8. Allí se mostraba tambien la fuente Aretusa, y el laurel que retenia bajo su corteza á Dafne.

Nadie ignora la historia de Aretusa y Alfeo. Ni es menos

conocida la de Dafne; pero esta última, cuya escena se supone orillas del Peneo, es diversamente referida por Pausanias, quien la coloca en la Arcadia. (Véase á PAUSANIAS, VIII, 20, y á BARTH. *Viajes de Anacarsis*, Cap. LII).

xv.—Pág. 19. Una larga navecilla formada de un solo tronco de pino.

Esta especie de piragua se usa aun en las costas de la Grecia, donde se le da el nombre que indica su especie: *monoxilon*.

xvi.—Pág. 19. ¡Arcadios! ¿do están los tiempos en que los Atridas se veían precisados á prestaros naves para ir al sitio de Troya, y en que tomábais el remo de Ulises por el biello de la rubia Ceres?

Homero, al hacer la enumeración del ejército de los griegos, dice que Agamenon había prestado embarcaciones á los arcadios para trasportarlos á Troya, porque aquel pueblo ignoraba el arte de la navegación (ILIADA II). Ulises, de regreso á su patria, cuenta á Penélope que no se han acabado aun sus peregrinaciones, y que, con el remo en la mano, ha de recorrer la tierra hasta que llegue á un país cuyos habitantes ignoren la existencia del mar. Este pueblo, al ver el remo de Ulises, ha de exclamar: ¡*Hé aquí el biello de Ceres!* Ulises terminará sus viajes en este lugar, hincará en el suelo su remo y hará un sacrificio á Neptuno. (ODISEA, XXIII).

Esta historia del biello de Ceres ha sido objeto de muchos comentarios. ¿Qué país ha querido indicar Homero con esta circunstancia? Yo me he atrevido á aplicarla á la Arcadia, y hé aquí la razón:

Homero ha dicho ya, según hemos visto, que los arcadios se dedicaban tan poco á la marina, que Agamenon tuvo que prestarles embarcaciones. Léase además en Pausanias este notable pasaje: «En la cumbre del monte Boreas, en Arcadia, se descubren las ruinas de un antiguo templo que edificó Ulises en loor de Minerva y de Neptuno, después de haber vuelto de Troya.» (PAUSANIAS, VIII, 44.) Compárese este pasaje con los de la Iliada y de la Odisea, arriba citados, y tal vez se hallará bastante probable mi conjetura; á lo menos podrá servir para explicar un punto de antigüedad muy curioso, hasta que otro lo haya hecho con mas acierto.

xvii.—Pág. 19. Desciendo por mi madre de aquella piadosa mujer de Megara, que dió sepultura á los huesos de Focion debajo de su hogar.

«Sus enemigos (de Focion) lograron del pueblo una orden para que el cadáver de Focion fuese desenterrado y conducido fuera de los límites de la Atica, y para que ningun ateniense proporcionase fuego para honrar con una pira sus funerales; por eso ninguno de sus amigos se atrevió ni siquiera á tocar su cuerpo. Pero un hombre llamado Cnopion, acostumbrado á ganar su sustento con esta especie de funciones fúnebres, cargó con el cadáver por algunas monedas que le dieron, lo llevó mas allá de las tierras de Eleusis, y habiéndose proporcionado lumbre en la de Megara, hizo una pira y lo quemó. Una dama de Megara, que con su criada asistió casualmente á estas exequias, le erigió en el mismo sitio un sepulcro vacío, sobre el cual practicó las acostumbradas ceremonias; y envolviendo con sus mismas ropas los huesos que solícitamente había recogido, los llevó de noche á su casa y los enterró bajo su hogar dirigiéndoles estas palabras: —¡Caro hogar mio! en tí deposito estos preciosos restos de un hombre probo; guárdalos fielmente para volverlos un día al sepulcro de sus antepasados, cuando los atenienses sean mas sensatos.» (PLUT., *Vida de Focion*).

xviii.—Pág. 19. Tuve por antepasado paterno á Filopémen.

No insistiré mas sobre el nacimiento de Eudoro; ya que en el libro del cielo (Lib. III), y en las notas al mismo, ha podido verse claramente por qué descendiendo Eudoro de los hombres mas eminentes de la Grecia.

xix.—Pág. 19. Nuestra patria moribunda, para no desmentir su ingratitud, hizo beber el veneno al último de sus grandes hombres.

«Cuando el ejecutor bajó al calabozo, Filopémen estaba

acostado sobre su manto, sin dormir, y embebido en su dolor y tristeza. Luego que vió luz, y junto á sí á aquel hombre con una lamparilla en una mano y una copa de veneno en la otra, se levantó, aunque con trabajo, á causa de su mucha debilidad, se incorporó, y tomando la copa preguntó al ejecutor si tenia alguna noticia de sus compañeros, y particularmente de Licortas. El ejecutor le respondió que había oído decir que casi todos se habían salvado. Filopémen le dió las gracias con un movimiento de cabeza; y mirándole con dulzura, le dijo:—Tú me has dado una buena noticia; ya no soy enteramente desgraciado.—Y sin añadir una sola palabra, sin arrojar el menor suspiro, apuró el veneno, y volvió á tenderse sobre su manto...

«Los arcadios vengaron la muerte de Filopémen, y trasladaron á Megalópolis las cenizas de aquel hombre esclarecido.

«Después de haber quemado el cuerpo de Filopémen, recogido sus cenizas y encerráolas en una urna, se pusieron en marcha para Megalópolis. Esta marcha no se hizo tumultuosamente, sino con mucho orden, y mezclando con el acompañamiento fúnebre una especie de pompa triunfal. Iban delante los infantes, ceñidas las cabezas de coronas, y todos derramando lágrimas. Después de esta infantería, seguían los enemigos cargados de cadenas. Venía luego el hijo del general, el jóven Polibio, llevando en sus manos la urna que contenia las cenizas, pero tan cubierta de cintillas y de coronas, que casi no se veía. Al rededor de Polibio, marchaban los mas nobles y distinguidos entre los aqueos. Cerraba el acompañamiento toda la caballería, magníficamente armada y soberbiamente montada, sin dar muestras de mucho abatimiento por tan gran duelo, ni de un desmedido regocijo por semejante victoria. Todos los habitantes de las ciudades y aldeas circunvecinas salian á recibir esta pompa fúnebre, como salian en otro tiempo á recibir al mismo Filopémen para obsequiarle y victorearle, cuando volvía triunfante de sus expediciones; y después de haber saludado y tocado respetuosamente su urna, se incorporaban con el acompañamiento.» (PLUTARCO, *Vida de Filopémen*).

xx.—Pág. 19. Pero se semeja á la estatua de Temistocles, cuya cabeza han cortado los atenienses de nuestros días para reemplazarla con la cabeza de un esclavo.

Pausanias habla de algunas estatuas de los grandes hombres de Atenas, que fueron mutiladas en su tiempo, para colocar sobre sus bustos la cabeza de un liberto ó de un atleta. Esto me ha sugerido la comparación.

xxi.—Pág. 19. El caudillo de los aqueos no descansó tranquilo en el fondo de su tumba.

«Muchos años después, en los tiempos mas calamitosos de la Grecia, cuando Corinto fue incendiada y destruida por el procónsul Mumio, un calumniador romano procuró por todos los medios posibles que fuesen derribadas (las estatuas de Filopémen) y aun persiguió criminalmente al mismo Filopémen, como si viviese todavía, acusándole de haber sido enemigo de los romanos, y de haberse mostrado siempre contrario á ellos en todas ocasiones. El asunto fue llevado al consejo ante el procónsul Mumio. El calumniador espuso todos los cargos y desplegó todos los medios que tenia para justificarlos; pero después que Polibio hubo respondido para refutarle, ni Mumio ni sus ministros quisieron mandar ni permitir que se destruyesen los monumentos de la gloria de aquel hombre esclarecido, á pesar de que había opuesto un dique á los progresos de Flamínio y de Acilio.» (PLUTARCO, *Vida de Filopémen*).

xxii.—Pág. 19. Y exigieron que en lo sucesivo el primogénito de mi familia fuese enviado á Roma.

He aquí el fundamento de toda la narración y el origen de todas las aventuras de Eudoro.

xxiii.—Pág. 19. Y si á otra heredad que poseemos al pié del Tajeto, á lo largo del golfo de Mesenia.

En esta circunstancia, frívola al parecer, se ve el cuidado que he puesto en guardar la verosimilitud. Por medio de aquella, se justifica el encuentro de Cimodocia y de Eudoro, pues éste volvía de sus campos de Mesenia cuando encontró á la hija de Homero. Mas adelante se verá que Eudoro, al alejarse de las costas de Grecia, contemplaba de lejos los ár-

boles de la heredad paterna, lo que no cupiera, si no hubiese poseído bienes á orillas del mar.

xxiv.—Pág. 19. La religion, manteniendo mi alma á la sombra de sus alas, la impedía, como á una flor deliciosa, que rompiese su capullo demasiado pronto.

Un crítico, lleno por otra parte de indulgencia y de urbanidad, ha citado esta frase como reprehensible; y confieso que esto me ha causado mucha estrañeza. He consultado con buenos jueces, y jueces al mismo tiempo muy severos, y todos me han aconsejado unánimemente que dejase este pasaje tal como se halla.

xxv.—Pág. 19. Mi madre me condujo al puerto de Feres.

He hablado ya de Feres, al hacer mención del arco de Ulises. También en Feres fue hospedado Telémaco por Diocles, cuando el hijo de Ulises fue á pedir noticias de su padre á Menelao.

ODISEA, III.

xxvi.—Pág. 19. La isla de Teganusa.

Esta isla, situada en la estremidad de la Mesenia, es una de las *Æneusæ*, que forman en la actualidad los grupos de la *Sapienza* y de *Cabrera*, desde Modon hasta la punta del golfo de Coron. Yo recalé en Sapienza. (Véase á D'AVUILLE).

xxvii.—Pág. 19. Hacia la embocadura del Simois, al abrigo del sepulcro de Aquiles.

La presencia de este sepulcro me quitó la calentura, como lo manifesté en un extracto de mi *Viaje*, que se insertó en el *Mercurio*. Puede consultarse, acerca de este sepulcro, el viaje de Mr. Lechevalier.

Forzoso es confesar que las pirámides de los reyes egipcios valen poquisimo, comparadas con la gloria de esta tumba de cespced celebrada por Homero, en busca de la cual corrió Alejandro.

xxviii.—Pág. 19. Pero el céfiro constante....

El céfiro se toma aquí, como en la antigüedad, por el viento de Poniente, que reina durante la primavera en el Mediterráneo.

xxix.—Pág. 19. Y fuimos arrojados ya sobre las costas de la Eolida....

La Eolida ocupaba toda la costa que se estiende desde Esmirna hasta Adramiti. Yo he atravesado por tierra este país delicioso, caminando de Esmirna para Constantinopla. El segundo tomo del *Viaje* de Mr. de Choiseul nada deja que desearse acerca de la descripción de aquellos célebres sitios.

xxx.—Pág. 19. Esa montaña.... debió de servir de estatua á Alejandro; esa otra montaña es el Olimpo y su valle.

Nadie ignora que un escultor propuso hacer del monte Atos una estatua de Alejandro.—El Olimpo, Tempe, Delos y Naxos son muy conocidos para hablar de ellos.—Cecrops, egipcio, primer legislador de Atenas.—Platon daba lecciones á sus discípulos en el cabo Sunio.—Demóstenes, para arostumbrarse á hablar delante del pueblo, arengaba á las olas del mar.—Bañándose un día Priné á la orilla del mar, cerca de Eléusis, los atenienses la tuvieron por la diosa Venus.

xxxi.—Pág. 20. Teniamos enfrente á Egina.

Puede leerse en la carta de Sulpicio á Ciceron (lib. IV. epist. V. *ad familiares*), de la cual es una imitación este pasaje.

xxxii.—Pág. 20. Y en Babilonia habia visto á Corinto.

El mismo crítico que ha desaprobado la frase citada en la nota XXIV, encuentra también esta reprehensible. Sin embargo, me han aconsejado que la dejase como está. En efecto, la osadía del giro se salva por medio de la cláusula precedente:

*yo me habia sentado ya con el Profeta*, etc. No he procurado imitar á Bosuet, y creo que no hay que imitar ni á este grande escritor ni á ningun autor moderno. Solo los antiguos son modelos, y solo ellos deben ser constantemente el objeto de nuestros estudios y esfuerzos. Por lo demás, habia una falta de memoria ó un error de imprenta en el modo con que se habia citado mi frase, pues se leia: *en Corinto habia visto á Babilonia*, lo que es muy diferente.

xxxiii.—Pág. 20. Vimos de repente salir una Teoria.

Gracias á los *Viajes de Anacarsis*, nadie ignora en el día que una *Teoria* quiere decir una procesion ó pompa religiosa.

xxxiv.—Pág. 20. Nuevas emociones me esperaban en Brindis.

Brindis, en otro tiempo Brundisium, es célebre por la muerte de Virgilio. Horacio hizo un viaje á esta poblacion, y no es lo mejor que él hizo.—La via Apia, camino que conduce desde Roma á la punta de Italia. Todavía se ven residuos de ella entre Nápoles y Roma.—Apulia, en el día la Apulia.—Aujur, hoy Terracina.—El Foro y el Capitolio son bien conocidos.—El barrio de las Carens:

Pasimque armenta videbant  
Romanoque foro et lentis mugire Carinis

ÆN., VIII, v. 560.

—El Teatro de Germánico cerca del Tíber: todavía se ven sus ruinas.—El Circo de Neron, á la derecha del Foro, viniendo del Capitolio.—El Panteon de Agripa existe todavía, y es el monumento mas elegante de Roma antigua y de Roma moderna. Yo lo admiraba mucho mas antes de haber visto las ruinas de Atenas.

xxxv.—Pág. 20. Los enormes bueyes del Clitumno arrastraban al Foro el antiguo carro del volceo.

Se ha dicho que este volceo habia comprado sin duda en la feria estos bueyes de Clitumno. Yo lo paso y nada tiene esto de imposible.

xxxvi.—Pág. 20. He visto el plano de la ciudad eterna trazado sobre rocas de mármol en el Capitolio.

Todavía existe este plano. Después de haber visto la ciudad entera, tal vez no será desagradable el ver sus ruinas, cuya pintura se lee en mi carta á Mr. de Fontanes.

xxxvii.—Pág. 20. El retórico Eumenes....

Era un sabio de aquella época, natural de Autun, aunque oriundo de Grecia. Restableció las escuelas de las Galias. Nos queda de él un panegirico pronunciado delante de Constantino. (Véase PANEGYR., *veter.*) En las primeras ediciones, hacia yo estudiar á Eumenes bajo un discípulo de Quintiliano, lo que no podía suceder en el orden de los tiempos. Ahora he puesto: «con el hijo de un alumno.» lo que es conforme á la verdadera cronología.

xxxviii.—Pág. 21. Agustín, Gerónimo y el príncipe Constantino.

Anacronismo. Por lo demás, todos los caracteres que aquí pinto: San Gerónimo, San Agustín, Constantino, Diocleciano y Galerio, son conformes á la verdad histórica.

xxxix.—Pág. 21. ¡Feliz si no se deja arrastrar por los accesos de cólera!

Alusion al asesinato de su mujer y de su hijo.

xl.—Pág. 21. Esta conformidad de posicion, mas aun que de la edad, decidió la inclinación del jóven príncipe en mi favor.

Principio de la amistad de Eudoro y Constantino, que ha de influir tanto en los destinos de mi héroe.

xli.—Pág. 21. Armentario.

Pastor.

## XLII.—Pág. 22. Su furor contra los cristianos.

Toda la siguiente página va preparando la acción. *causa del odio de Galerio contra los cristianos, proyecto de usurpar el imperio*. etc. Vese, pues, que la narración está estrechamente enlazada con la acción.

## XLIII.—Pág. 22. Doroteo, (primer funcionario de su palacio.)

Este personaje es histórico: era cristiano, y padeció el martirio con otros muchos oficiales de palacio.

## XLIV.—Pág. 22. Estos se ocupan seriamente de la construcción de una ciudad...

Todas las leuras reunidas aquí no son atribuidas gratuitamente a los falsos sabios. Plotino, por otra parte muy hombre de bien, quiso que el emperador Galiano edificase una ciudad; y Porfirio buscó los arcanos de la naturaleza en los misterios del Egipto. Las sectas que todo lo veían en el pensamiento ó en la materia eran los platónicos y los epicúreos; los que predicaban la república en el seno de la monarquía, llegaron hasta atacar á Trajano, quien tuvo que echarlos de Roma; los que, á imitación de los fieles, querían enseñar la moral al pueblo, se señalaron particularmente bajo el reinado de Juliano. «Todo estaba lleno de filósofos», dice Fleuri (*Costumbres de los cristianos*), que hacían gala de practicar la virtud y enseñarla. Hubo además muchos en aquellos primeros siglos de la Iglesia que, tal vez á imitación de los cristianos, recorrieron el mundo, pretendiendo reformar el género humano. Todo, pues, es aquí histórico. Las locuras humanas se han repetido más de una vez, y muy á menudo creemos leer la historia de nuestros propios males en la de los hombres que nos precedieron.

## XLV.—Pág. 22. Hierocles marcha á su cabeza.

Respecto á Hierocles, vease el prólogo.

## XLVI.—Pág. 22. Una ofensa que recibí de Hierocles.

Principio de la enemistad entre Eudoro y Hierocles.

## XLVII.—Pág. 23. Marcelino, obispo de Roma.

Marcelino era pontífice en aquella época; mas yo no le doy este título en el texto, porque los papas no lo usaban aun esclusivamente. Marcelino ocupó la sede pontificia por espacio de un poco más de ocho años. Los donatistas le acusaron de haber sacrificado á los ídolos durante la persecución, pero San Agustín le justificó en su obra contra Petiliano. Las actas del concilio de Sinuesa son apócrifas.

## XLVIII.—Pág. 23. En el sepulcro de San Pedro y San Pablo.

Esto es, en el Vaticano, junto á la Basílica de San Pedro.

## XLIX.—Pág. 23. Allí se encontraba Pafnucio, de la alta Tebaida.

Todos estos nombres traen consigo su comentario. Todos estos prohombres, de los cuales ha puesto muchos la Iglesia en el número de los santos, vivían en aquella época y concurrían al concilio de Nicea. Puede observarse además que lo que falta en la narración de Eudoro relativamente á la pintura del estado del Cristianismo sobre la tierra, se halla aquí. Eudoro no habla de las iglesias de Persia y de la India, por donde no ha viajado. Los iberos, de que se hace mención en este pasaje, no son los españoles, sino unos pueblos situados entre el Ponto Euxino y el mar Caspio. También está indicada en este cuadro la posición de la Iglesia respecto á las herejías.

## L.—Pág. 23. Y bendecía la ciudad y al mundo.

Coloco aquí el origen de una ceremonia patética, que se practica todavía en nuestros tiempos: *urbi et orbi*.

## LI.—Pág. 23. Anhelaba en secreto los plátanos de Fronton, el pórtico de Pompeyo, ó el de Livia.

Hubo en Roma unos jardines públicos, conocidos bajo el nombre de Fronton: vease á JUVENAL.—El pórtico de Pompeyo y el de Livia son célebres en el *Arte de Amar* de OVIDIO.

## LII.—Pág. 23. Y la puerta santa me es cerrada.

Todo el mundo ha notado esta escena, de donde va á salir la acción entera.

## LIII.—Pág. 23. Al anfiteatro de Vespasiano.

Hoy día coliseo. Vease la pintura de estas ruinas, en la carta á Mr. de Fontanes, citada más arriba (nota xxxvi.)

## LIV.—Pág. 23. Es preciso que este pueblo, aun en medio de su miseria, tenga participación en todas las grandezas.

Esta es otra frase desaprobada por el crítico que desaprobó las otras dos (notas xxii y xxiii.) Por lo tocante á esta, la cual por una grave fatalidad no se había citado aun exactamente en el periódico, no sé qué decir. He visto las opiniones encontradas, aunque me parece que las autoridades preponderantes me son favorables. En todo caso, si esta frase es dudosa, es la única que hay de esta especie en los *Mártires*.

## LV.—Pág. 23. Las bestias feroces encerradas en los subterráneos del anfiteatro, empezaron á rugir.

Presagio que me ha parecido propio para despertar el temor y la curiosidad de los lectores. Eudoro se acordará de él en el lib. XXIV.

## LIBRO QUINTO.

## NOTA PRIMERA.—Pág. 23. Frecuentábamos especialmente en Nápoles el palacio de Aglaé

La historia de Aglaé y de San Bonifacio, mártires, es acaso la más peregrina de todas las historias de nuestros santos. El exacto compendio que doy de ella en el texto me dispensa de añadir nada más sobre el mismo asunto en la nota; basta saber que todo cuanto dice Aglaé acerca de las cenizas de los mártires, y todo lo que responde Bonifacio, es conforme á la verdad histórica. En el libro décimo-sesto se verá cual fué el fin de Aglaé, San Sebastian, San Pacomio, San Bonifacio y San Gines. Este ha dado al abate Nadal el argumento para una tragedia. (Vease la HISTORIA ECLESIASTICA, de FLEURI, las ACTAS de los santos Mártires, y las VIDAS DE LOS PADRES DEL DESIERTO.)

Una parte esencial de mi plan es ofrecer el cuadro completo del Cristianismo en la época de la persecución de Diocleciano. He procurado nombrar casi todos los mártires y santos del siglo IV, y ligarlos más ó menos con mi asunto por medio de una palabra ó un recuerdo. La mayor parte de los lectores no ponen su atención en estas pequeñeces, las cuales sin embargo cuestan mucho al autor, y por último resultado hacen que una obra tenga mucho meollo y abundancia de hechos, ó que esté falta de sentido ó de lectura. Por otra parte, tal vez no carece de algún interés el ver como obran estos grandes personajes, cuya historia oímos contar en nuestra infancia, y que, después de haber perseguido á los cristianos, llegaron á ser muchas veces santos ilustres.

## II.—Pág. 26. Todas las mañanas al rayar el alba.

Esta descripción de Nápoles ha sido escrita en los mismos pasajes que son objeto de ella. Me consta que los pueblos de aquel hermoso país, tan sensibles á los encantos de su clima y á los grandes recuerdos de su patria, han reconocido la exactitud de mi cuadro.

## III.—Pág. 26. Parténope fue edificada sobre el sepulcro de una sirena.

Parténope, como nadie ignora, es Nápoles. ¡*Tenet nunc Parthenope!* Esta ciudad fue fundada por los griegos; por esta razón dirá Eudoro más adelante que las danzas de las napolitanas le recordaban las costumbres griegas.

## IV.—Pág. 26. Rosas de Pesto en vasos de Nola.

Las rosas, según Virgilio, florecían dos veces en Pesto. Harto conocidos son los hermosos templos que señalan todavía el asiento de esta pequeña colonia griega. Los vasos antiguos, llamadas *vasos de Nola*, adornan los gabinetes de los amantes de las antigüedades artísticas. Nola era una ciudad inmediata á Nápoles, en la que falleció Augusto.

## V.—Pág. 26. Retirándose hacia el sepulcro de la nodriza de Eneas.

Te quoque littoribus nostris, Æneia nutrix,  
Æternam moriens famam Caietæ dedisti.

ÆN., VII, I.

Gaeta está al Poniente con respecto á Nápoles, y el sol al ponerse, pasa por detrás del Pausilipo. Ya se sabe que el Pausilipo es una larga y alta colina, bajo la cual se ha abierto el camino que conduce á Puzzolo. A la entrada de este camino subterráneo se halla el sepulcro de Virgilio.

Plinio fue sepultado bajo las lavas del Vesubio, en las cercanías de Pompeya (Véase á PLINIO EL JOVEN, *Epist.*) La Solfatara es una especie de llano ó un foco de volcan, abierto en el centro de una montaña. Cuando se camina por aquel sitio, la tierra resuena bajo los pies; el suelo es ardiente á cierta profundidad, la plata se cubre de azufre, etc. Todos los viajeros hablan de este fenómeno.

El lago Averno, la Estigia y el Aqueronte, lugares así llamados á las inmediaciones del mar y de Bayas, están admirablemente descritos en el libro sexto de la Eneida. Todos estos sitios existían también en Egipto y en Grecia.

## VI.—Pág. 26. Las ruinas de la casa de Ciceron.

Ciceron tenía en las inmediaciones de Bayas una quinta cuyas ruinas se ven todavía. Para el naufragio de Agripina, su muerte y el famoso *Ventrem feri*, véase á TACITO (*Aux. XIV, 8, 6, 7*). En cuanto á Caprea, nadie ignora la estancia que en ella hizo Tiberio, y los excesos á que allí se entregó.

## VII.—Pág. 26. Las tres hermanas del Amor, hijas de la Potencia y de la Hermosura.

Las Gracias, hermanas del Amor, é hijas de Venus y Júpiter. Eudoro se expresa en este pasaje como acostumbraba hacerlo en el discurso de sus estravios.

## VIII.—Pág. 26. Coronada la frente de ápio siempre verde, y de rosas que duran tan poco.

Fácil es reconocer aquí á Horacio, Virgilio, Tibulo y Ovidio. El lector ha visto la antigüedad griega en los primeros libros; aquí puede solazarse con los recuerdos de la antigüedad latina. No se me acriminará de haber elegido lo menos hermoso que hay entre los antiguos, para dar mayor realce á las bellezas del Cristianismo.

## IX.—Pág. 27. Nuestra ventura hubiera sido ser amados, así como amar.

Este pensamiento es de San Agustín: es delicado y tierno, pero no está exento de afectación, y yo lo elogí demasiado en el *Genio del Cristianismo* (tomo III, lib. IV, cap. II). Por lo demás todo este trozo sigue el tono de la moral cristiana, propia para desengañarnos de las ilusiones de la vida. Lo que hay aquí más digno de notarse, es que este tono no forma un contraste violento con lo que precede, y que si yo no lo hubiese advertido, el lector no repararía que ha pasado de los poetas elegidos á los Padres de la Iglesia.

## X.—Pág. 27. Vagando un día por las inmediaciones de Bayas, nos hallamos cerca de Literna.

Literna es la población hoy llamada Patria. Véase también mi carta á Mr. de Fontanes, citada en las notas del libro precedente.

## XI.—Pág. 27. Veis al africano devolver la esposa á su esposo.

Conocido de todos es este pasaje de la vida de Escipion.

## XII.—Pág. 27. Cuando Ciceron os pinta este gran hombre.

Nos queda un fragmento de Ciceron, conocido bajo el título de *Sueño de Escipion*. Ciceron supone que Escipion Emiliano tuvo un sueño, durante el cual Escipion Africano le subió al cielo y le hizo ver la felicidad destinada á los justos.

## XIII.—Pág. 27. Mi madre, que es cristiana.

Es Santa Mónica.

## XIV.—Pág. 27. Con el traje de los filósofos de Epicteto.

Los primeros solitarios cristianos eran unos verdaderos filósofos. Algunos anacoretas no seguían otra regla que el manual de Epicteto.

## XV.—Pág. 27. Yo estaba sentado en este monumento.

Los sepulcros de los antiguos, y sobre todo los de los romanos, venían á ser unas torres. Muchos solitarios de Egipto moraban en los sepulcros.

## XVI.—Pág. 28. Yo soy el solitario cristiano del Vesubio.

En esta historia ha llamado la atención el trozo de las Lectanias, el cual por lo menos tiene el mérito de la dificultad vencida. En nuestros días hay un ermitaño que vive en la falda del monte Vesubio, y es como un centinela avanzado que espone perpétuamente su vida para anunciar las erupciones del volcan. De este modo hago subir hasta Traséas el heroísmo religioso.

## XVII.—Pág. 28. Unos piratas desembarcaron en esta playa.

Esto es histórico.

## XVIII.—Pág. 28. Un edificio de carácter grave.

Es una particularidad digna de notarse que las más antiguas iglesias construidas antes del nacimiento de la arquitectura gótica, tienen un carácter de gravedad y grandeza que no se echa de ver en los monumentos paganos de la misma época. He hecho varias veces esta observación en Roma, Constantinopla y Jerusalem, donde se ven algunas iglesias del siglo de Constantino; siglo que por otra parte no era el del buen gusto.

## XIX.—Pág. 28. Su voz tenía una armonía...

Un crítico, en un extracto, por desgracia muy corto, ha tenido la bondad de aplicarme este pasaje. No me lisonjee de merecer semejante elogio; y al escribir esto, no tuve otro objeto que el pintar la elocuencia, el estilo y la persona misma de Fenelon. En efecto, se notará fácilmente que el pasaje es aplicable bajo todos respetos al autor del *Télémaque*.

## XX.—Pág. 28. Que Gerónimo se preparaba á recorrer las Galias.

San Gerónimo viajó por muchos países, y fijó por último su residencia en Belén, pueblo de la Judea, donde más adelante volveremos á hallarle.

## XXI.—Pág. 29. No sé... si volveremos á vernos.

El autor ha visto á algunas personas enternecerse con la lectura de esta carta. ¿Era esto una lisonja, ó uno de esos formulados cumplimientos con que se halaga á un autor? No es fácil resolverlo.

## XXII.—Pág. 29. Disponiéndose Eudoro á continuar su narración...

Como la narración es larga, la he interrumpido varias veces para dar algún descanso al lector; y aun me he tomado la libertad de cortarla enteramente hacia la mitad, con el libro del infierno. Esta innovación en el arte, la única á que me he atrevido, era sin duda necesaria y muy natural, puesto que nadie la ha observado.

## XXIII.—Pág. 29. Bellotas de fago.

El fago era una especie de encina ó de haya de Areadia, que daba la bellota de que, según se cree, se alimentaban los primeros hombres. (Véase á TEOPRASTO.)

## XXIV.—Pág. 29. Cuando un hijo de Apolo...

Era Ulises, que lloraba oyendo cantar las proezas de los griegos al Demócoco de Homero, en los festines de Alcinoos. (ODISEA VIII.)

## XXV.—Pág. 29. Maximiano se había visto obligado á trasladarse...

Hechos históricos. Siempre que he podido recordar al lector el amor naciente de Cimodocea para con Eudoro, la am-